PRIMERA PARTE.

LA CIENCIA

ó

LEYES DE LA INTELIGENCIA DE DIOS.

SECCION PRIMERA.

ONTOLÓGIA.

CIENCIA DEL SER EN GENERAL.

TEOREMA I.

La Super-sustancia crea las sustancias.—La cantidad Suprema, Dios, crea las cantidades superiores, los séres espirituales, y las cantidades inferiores, los séres materiales.

CAPÍTULO PRIMERO.

GENEALOGÍA DE LA VERDAD.

I.

Para llegar al tronco del árbol genealógico de la verdad no se puede seguir más que uno de los cuatro caminos que marcan las cuatro ramas del árbol de la filosofía, ó sea el del *sensualismo*, el del *panteismo*, el del *psicologismo*, ó el del *ontologismo*.

Antes de inquirir cuál es el orígen de la verdad, algunos me preguntarán: la verdad ¿existe? Despues probaré que sí. Pero un dogmático como yo no puede hacer una pregunta escéptica, digna de Pirron y de Hume. Sobre este punto la duda sistemá-

tica ó universal, y hasta la misma *duda metódica*, como recurso científico, me parece un medio poco digno de una conviccion sincera. Las cosas ¿aparecen como son? Por de pronto dejemos supuesto que las cosas son como aparecen, miéntras no se nos pruebe que no aparecen como son. En esta parte estamos en posesion de las cosas; y ni probaremos su existencia, ni nos las dejaremos arrebatar, sin una sentencia firme que nos despoje de esta propiedad, ó por lo ménos de este usufructo.

La duda voluntaria es una especie de juego de *soñar despierto*.

La doctrina *escéptica* establece como *cierto* que es imposible la *certeza*, no tiene *duda* de que se debe *dudar* de todo, tiene por cosa *infalible* la *falibilidad* de nuestros medios de conocer, ve con *evidencia* que la *evidencia* es ilusoria, afirma *dogmáticamente* que es infundado el *dogmatismo*, apela á la *razon* para condenarla *racionalmente*, arruina la *filosofía* á nombre de una prudencia y una reserva superior y *filosófica*. El escéptico es un dogmático inverso, un dogmático que *afirma* la *infirmeza*, ó, más bien, que *afirma* que *niega*: este *creyente de la duda* no es como se le ha llamado un *cadáver vivo*, sino que es un *vivo que se cree cadáver*.

Separémonos pronto de estos ciegos de aprension

que no quieren ver, y busquemos nosotros de buena voluntad el camino que más derechamente conduzca á la verdad.

II.

¿Podrá ser la verdad, no solamente hija, pero ni siquiera parienta por afinidad, de la materia, de esa última degradacion de lo creado, que tiene por principio la agregacion, por término la muerte, y que cuando se le quiere suponer una larga descendencia, lo más que se le puede conceder es la grosera inmortalidad de una perpetuidad de la vida orgánica, renovada por la trasmisibilidad de un gérmen siempre innoble, porque es indigno? ¡Imposible, imposible! La verdad no puede oir sin espanto que se la suponga de la raza plebeya de esa materia, de vida tan embrionaria, que no reconoce más Dios que el placer sensual, ni más porvenir que la nada; y que al través de las oscilaciones de una trasmutacion incesante, no siente jamas el necesario calor para que germine en su corazon un ala que la remonte hasta las regiones de lo infinito.

La sociedad incrédula y materialista del siglo XVIII

y parte del XIX, aplaudidora del *sistema de la naturaleza* de Holbach, por órgano de Diderot, Helvecio y otros muchos proclamó que la verdad es una quimera, el placer su única ley, y el interes el único deber. Cabanis dice que los nervios son el principio del pensamiento, y que el efecto es de la misma naturaleza que la causa: Destutt de Tracy prestó al materialismo el socorro de una árida ideología. De este modo fueron Cabanis el fisiólogo de esta secta, Tracy el metafísico, y Volney el moralista. Hé aquí unas conclusiones de esta doctrina que estoy seguro que levantarian el estómago al que se llamaba á sí mismo *puerco de las piaras de Epicuro*: «Conservarse, y hacerlo todo por conseguirlo, es la ley de la naturaleza humana.» «El mayor bien es la vida, el mayor mal es la muerte, el bien supremo es la salud.» «El asesinato es un deber, siempre que sea útil.» «Mi cuerpo, y despues la nada; hé aquí toda la religion.» «Dios no es nada, el alma no es nada, todo es mentira.»

¡Estas sí que son mentiras, decepciones, herejías y blasfemias!

Volvamos piés atras, y cambiemos de direccion para buscar el camino de la verdad. Y al dejar para siempre esta senda de perdicion, reneguemos de toda la parentela del frio materialismo

raza maldita que tiene por ascendiente la materia y por hija la nada: doctrina desoladora que enseña que con la muerte todo acaba para el hombre lo mismo que para la bestia más vil; pues esta filosofía brutal deja sin fin moral á nuestras más nobles facultades, á Dios sin providencia, á la religion sin objeto, á la moral y á las leyes sin sancion y sin fuerza, á la sociedad humana sin seguridad ni apoyo, al poder sin freno, al malvado sin temor y sin remordimientos, y al desgraciado sin apoyo, consuelo ni esperanza.

¡Oh! ¡no, no! la verdad no puede contar entre sus ascendientes al repulsivo sensualismo, porque jamas la luz puede ser hija de la sombra. Y si alguna vez, por excepcion, aparece alguno de sus resplandores entre el grupo de pensadores, que empezando en Demócrito y Epicuro, acaba en Locke y en Feuerbach, es porque la Caridad la arrastra á fortalecerlos en su miseria, como Santa Isabel visitaba á los leprosos. Y cuando algunas veces tambien, la verdad se digna descender de lo alto para honrar con alguna llamarada á semejantes cerebros, es porque sin duda baja á redimir, no su inteligencia, sino sus almas perdidas, como lo hizo Dios cuando bajó á los infiernos.

III.

¿Se encontrará el orígen de la verdad en ese mareo del panteismo, en ese ir y venir de la sustancia al modo y del modo á la sustancia, en esa rueda de fango en ebullicion que se llama *sustancia* en el centro, *atributo* á los lados, y *modo* en los extremos del círculo; pero que, modos, atributos ó sustancia, aunque varíen de posicion, no varían de categoría, pues todos son iguales en divinidad, ó, lo que es lo mismo, todos son idénticos en indignidad? Donde todo es igualmente divino, es decir, donde todo es igualmente indigno, todo es igual, y no hay ni justo ni injusto, y por consiguiente no hay verdad ni mentira. El panteismo para enaltecer la virtud, la iguala al vicio; para enseñar la verdad, enseña que es idéntica al error. Si todo es Dios, todo es óptimo, todo es fatal. ¡Panteismo! condenacion de toda religion: ¡optimismo! negacion de toda verdad: ¡fatalismo! tumba de todo amor. ¡Panteismo y fatalismo! ¡Anulacion y vergüenza, sepulcro, y sepulcro afrentoso, de la inteligencia, de la virtud y de la libertad; principio, medio y fin de la

personalidad humana! ¡Qué sonambulismo tan horrible! ¡Vivir sumergido en la sustancia, seria un tormento más repugnante que el inventado por el poeta cuando metió á ciertos condenados en un lago de sangre tibia!

Todo esto es un imposible de ser, porque es un imposible de concebir. ¡Dios mio, tan sabio, y tan bueno! ¿Podria ser esta creacion tan admirable nada más que una inmensa pesadilla? ¿Será este mundo un témpano monstruoso, donde la virtud y el vicio son hijos indiferentes que la nada ha fecundado sobre el hielo? ¡Horror de ser! ¡Cuando me considero como una estalactita de una petrificacion universal, siento frio en el corazon y parece como que se me congestiona el cerebro!

IV.

Prosigamos: ¿Se podrá hallar el abolengo de la verdad absoluta en el entendimiento humano? Tampoco; su orígen es más ilustre. El entendimiento no *hace* las verdades, las *conoce*. Cuando yo aseguro que un triángulo no puede ser un cuadrado, siento un axioma que ha existido y existirá en toda la eter-

nidad de los tiempos, exista ó no exista el entendimiento que la conoce. Cualquiera dice con exactitud *mis determinaciones*, *mis actos*; pero ¿se ha visto jamas á ningun pedante, que no confie demasiado en nuestra tontería ó en su locura, que se atreva á decir *mis verdades*? Lo único que es nuestro es el *conocimiento* de la verdad, pero no la *esencia* de la verdad; en nosotros está el *principio de conocer* lo verdadero, pero no el *principio de ser* de lo verdadero. La razon personal es sólo el criterio para conocer el principio de la gran razon extrapersonal. Abandonemos pues el ineficaz principio de evidencia individual, porque es un callejon sin salida, porque nos conduce necesariamente á la anarquía de la duda, de la duda á la indiferencia, de la indiferencia al olvido, y del olvido á la muerte, lo mismo exactamente que el gérmen trasformativo de la materia, y que la pasta evolucional del panteismo.

La razon absoluta es parienta demasiado lejana de la razon psicológica para que no busquemos su entronque directo en otro orígen más alto. Dejemos pues esta cárcel donde el yo se asfixia como si fuese en una especie de baño ruso. Por los cristales ópticos de esta prision inexorable, las cosas no se ven como son, sino como el entendimiento quiere que sean. Aquí no se conoce más que la apariencia de la certeza; busquemos, por consiguiente, la realidad de la verdad. Léjos del hecho de conciencia, fuera de nosotros mismos. Siento vergüenza de que nadie crea que puedo dar las ilusiones de mi fantasía por verdades de certeza absoluta. Huyamos honradamente del horno donde hierven nuestras pasiones y nuestros deseos, y donde empezando por engañarnos á nosotros mismos, acabamos por engañar á los demas.

Pero afirmemos nuestros pasos, ántes de proseguir el camino. ¿Qué sabria yo con saber una verdad cualquiera, con que hubiese *ecuacion entre mi pensamiento y una cosa pensada*? Sólo sabria una verdad *subjetiva*, una verdad *lógica;* sabria poco mas que nada. Repito que el camino de las verdades psicológicas no es la senda de la gran verdad, de esa verdad que no es otra cosa que el conjunto de las creencias universales sobre las que todo el mundo debe estar acorde, bajo pena, segun las bellas palabras de Ciceron, de ver desaparecer toda ley, toda regla de la vida humana; y por consiguiente de ver desaparecer todo órden, toda religion y toda sociedad. No es, pues, la verdad que reside en nuestro entendimiento la que nosotros buscamos; es la verdad *objetiva*, la *ontológica*, la *metafísica*, que aunque esconocida por nosotros,

reside fuera de nosotros, y que es la *ecuacion entre las cosas creadas y las razones eternas del entendimiento increado.*

Abandonemos la esfera de los *teoremas*, de esas verdades mediatas, discursivas, más ó ménos probables y más ó ménos probadas; y subamos á la region de los axiomas, que no necesitan de pruebas, porque son verdades inmediatas, de evidencia intuitiva. Suprimida la ontología, esta luz que viene de lo alto, sólo queda el reflejo crepuscular del alma humana, la cual entónces puede alguna vez *atinar*, pero nunca *ver*. Así, cuanto más subimos, más claro vemos, y *nuestra* razon se va convirtiendo en *la* razon, y ya se la puede definir como Bonald: «El espíritu iluminado por la verdad.» Y así como cuando al niño se le enseñan por medio del lenguaje las ideas del alma, de Dios, de la virtud, del vicio, del bien, del mal, de la conciencia y del deber, penetra en el mundo de las inteligencias; del mismo modo la inteligencia cuando empieza á ver por iluminacion interior los axiomas de «que una cosa no puede ser y dejar de ser á un mismo tiempo» «que el todo es mayor que su parte» «que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí» conoce que ha penetrado en la region de las verdades absolutas.

V.

Así como los navegantes, por el aroma de la canela conocen la direccion de la isla de Ceilan á muchas leguas de distancia, cuanto más nos alejamos del mundo más presentimos que nos acercamos á la patria de la verdad, porque, como desde ciertas cumbres, ya parece que se siente *el olor del cielo*, porque los rayos de luz que la verdad despide se van haciendo más claros y más tendidos, más intensos y más extensos. ¡Mirad! todas esas cuestiones que se agitan tempestuosamente entre el cielo y la tierra, entre la filosofía y el dogma, entre el sacerdocio de la fe y el imperio de la duda; unas se van achicando, otras se agrandan; las pueriles se convierten en graves, y las graves en pueriles; todo se va viendo sencillo, porque todo se va viendo claro; las ideas van siendo ménos particulares, para hacerse más generales; son menores en números, pero mucho mayores en extension; poco á poco todas las ideas se irán explicando por una sola idea; se conoce que la cosa que lo explica todo, está muy por encima de las cosas de este mundo: un

poco más arriba, y ya la inteligencia va conociendo el sér, padre de la verdad, y ya vamos viendo que la verdad es la perfecta conformidad del sér y de la inteligencia; aquí ya vemos que así como hay dos especies de entendimientos, el *increado* y el *creado*, hay dos especies de verdades, la *general* y la *particular*, la *objetiva* y la *subjetiva*, la verdad de *siempre* y la verdad de *ahora*. Esta verdad *subjetiva, particular*, de *ahora*, es la ecuacion entre la cosa, y el entendimiento del hombre; pero la verdad que vamos viendo, segun subimos, es la verdad *objetiva*, la *general*, la de *siempre*, la *absoluta*; y esta verdad es *la ecuacion entre la cosa creada y el entendimiento increado*, es la conformidad de la razon del hombre con la razon de Dios. Este punto alto del horizonte es aquel lugar superior donde, como observa Fenelon, mirando los geómetras chinos encuentran las mismas verdades que los europeos, miéntras unos y otros se desconocen completamente. Aquella es la region de las verdades eternas, que son independientes de la voluntad divina. Aquel horizonte es la region de las águilas del entendimiento humano. Allí fué á buscar Platon la teoría de las *ideas innatas*, y Santo Tomás los fundamentos de su idiología, y Pascal las soluciones de sus problemas, y San Jerónimo el tipo de su virtud. En

esa cuna de luz innata nació para el hombre la verdad absoluta, allí se aparecerá eternamente á todos los que busquen su genealogía por cima de los horizontes de lo finito; con ese enigma que parece inexplicable, es con lo que se explica todo; esa idea absoluta es la razon de todas las ideas, y las razones de las ideas son las razones de todas las cosas.

Lanzándose á esta region de luz inefable nuestra razon de un salto, por medio del concepto universal de las cosas, se levanta á las concepciones universales, sin pasar por medio de ningun dato empírico, y sin necesidad de ocasion de ningun hecho de experiencia. Aquí ya las verdades son eternas, tomando el carácter esencial de que no pueden ser lo contrario de lo que son, y se formulan espontáneamente en nuestro espíritu con una evidencia inmediata «todo hecho que principia supone una causa» «todos los radios de un círculo son perfectamente iguales» «no hagas con otro, lo que no quieras que el otro haga contigo;» proposiciones todas confirmadas por la experiencia, pero que no es necesario para saberlas que la experiencia nos las enseñe. A esta altura inaccesible ya se encuentra la verdad invencible porque es inatacable; ya se siente el alma fortalecida con el auxilio de arriba, ya pa-

rece que se halla refugiada como dice un escritor: «bajo el cañon de *la luz sobrenatural.*» El reflejo de esta luz divina es la estela que marca el rumbo de la verdad. La luz intelectual que hay en nosotros es la imágen de esta luz increada de que se inunda el alma en estas alturas, y por eso se dice en los salmos: «la luz de tu rostro, Señor, está trazada é impresa en nosotros.»

CAPÍTULO II.

LA IDEA SUSTANCIAL.

(La Sustancia.)

I.

La cuestion de la nocion de sustancia, ó lo que es lo mismo, el saber de qué y cómo se componen las cosas, es la única cuestion fundamental; todas las demas son secundarias. El que ve con claridad la nocion de sustancia lo ve todo; el que la ve turbiamente no ve nada. Libro de filosofía que no empieza por decir lo que es la idea de sustancia, no lo leais; arrojadlo, porque de seguro no tiene importancia. Sin vencer esta dificultad, no hay victoria en filosofía. La nocion de sustancia es la cumbre que domina la creacion; ó se mira todo desde allí, ó es